

Prefacio

Se dice que lo moral no necesita de explicaciones. Si esto es así, sobra cualquier palabra sobre este asunto. Lo que es evidente no puede explicarse por algo distinto que sea más claro, y tampoco por analogías sacadas del reino animal. A fin de cuentas, nosotros comprendemos a los gansos grises solamente porque nos conocemos a nosotros mismos, y no al revés.

Lo evidente se puede solamente mostrar, pero, propiamente, no se puede hablar de ello. Por eso dice Ludwig Wingenstein: «Es claro que la Ética no se puede explicar». Ya Platón sabía que «con palabras académicas» no se puede decir qué significa la palabra «bueno». «Sólo tras una más frecuente conversación familiar sobre este asunto, o a partir de una cordial convivencia, brota de repente en el alma aquella idea, a la manera como el fuego se enciende a partir de una chispa y luego se extiende más lejos» (Carta 7).

Si, no obstante, hay que hablar siempre, una y otra vez, de lo evidente, se debe tan sólo a que es objeto de continua discusión. En realidad, lo evidente no aparece en estado puro. Ningún *ethos* real, con validez en una sociedad, es evidente a secas, ya que acarrea consigo ciertos rasgos de ignorancia, opresión y apremio. Frente a todo *ethos* dominante cabe la posibilidad de hacerlo pasar por el *ethos* de los que dominan, de hacer pasar el mal uso de la palabra «bueno» por el suyo propio, y lo evidente por una falsa evidencia. Fácilmente se puede hacer ver que esto es falso. Pero para demostrarlo no hay más remedio que hablar sobre lo evidente.

Rousseau se dio cuenta del dilema: «Yo no me atrevería a enseñar a la gente si otros no la indujeran a error». La instrucción puede tener lugar a diversos niveles. En el nivel más elemental se puede intentar reducir a una raíz común lo que conocemos como obligaciones, virtudes, normas o valores morales y ponerlos en una relación sistemática al derivarlos de esa raíz; he aquí el tradicional quehacer de la Ética filosófica. En el plano de la aplicación se pueden discutir cuestiones singulares: mentira, últimos auxilios, aborto, servicio militar, cuestiones sobre sexualidad y de relación con la naturaleza, etc. Hasta Kant, filósofos y teólogos no se dignaron discutir también sobre tales cuestiones de casuística. Pero la Ética no es tan interesante como para que valga la pena ocuparse de ella, si no se deja de fórmulas vacías y no educa para la acción.

Los ocho capítulos de este librito no hacen ni lo uno ni lo otro. Se mueven –entre cuestiones fundamentales y casuística– en un plano medio de abstracción. Discuten algunos conceptos fundamentales, que utilizamos a diario cuando deliberamos con nosotros mismos o con otros sobre el lado moral de nuestro comportamiento. La reflexión sobre estos conceptos se intentará conducir sin despliegue terminológico y sin presupuestos eruditos.

El origen de este libro fue una serie de emisiones de la radio bávara, en enero y febrero de 1981. No he variado el carácter improvisado de las emisiones. Mi deseo era aproximarme un poco a aquella «frecuente conversación familiar», de la que habla Platón. El resultado que esperaba de ello sólo podría ser indirecto; no se puede querer producirlo voluntariamente.